

## DOS DISCURSOS

---

(En la clausura del Tercer Congreso  
de  
Academias de la Lengua Española).

### LENGUA Y CULTURA

Escribe: LUIS LOPEZ DE MESA

Con temerario optimismo que me honra e inquieta a la vez, el señor Canciller de la República, don Julio César Turbay Ayala, infortunadamente enfermo ahora, me ha encomendado que lo reemplace en el discurso de clausura de este tercero y muy magnífico certamen de Academias de la Lengua Española. Gracias sean dadas a él por tan benévola opinión de mí, y pésame a vuestras mercedes por el desventajoso trueque.

Mi gente colombiana, que ha seguido alerta el curso de nuestras deliberaciones, las aplaude gozosa en la certidumbre de que aportará mucho bien a la lengua común y fraternidad del mundo hispano, mas algo me dice que ustedes en persona la han cautivado aun más fervorosamente con el señorío de su ser y la alteza de sus normas, y así como los gobiernos suelen manifestar quilatada estimación a los personajes eximios que visitan sus países entregándoles llave de oro de la urbe capital, yo puedo anunciar a ustedes de seguro que ella —mi gente— les entrega en esta hora de los adioses la llave de oro de su propio corazón, porque de tal modo no se despidan sino queden.

Al contemplar muy de cerca y preciar ingenuamente sus labores intuí que algo más y mucho más significan que el intento de acendrar, esforzar y embellecer el idioma de la estirpe, porque había un hálito de destino en la entraña de la empresa, y un orgullo de hermandad, y un gozo de grandeza común presentida... que aleteaba, en fin, una historia futura en nuestro espíritu.

Con graves inquietudes también.

Un de ellas el proceloso impacto del espacio-tiempo cultural en que vivimos.

Todos sabemos que en la infancia el tiempo es más dilatado que en la senectud, y no de ilusión sino matemáticamente, ya que a los dos años de edad, uno es la mitad de la vida, y a los ciento, la centésima parte apenas. Y temo que en el devenir de las culturas ocurre otro tanto. En la nuestra, llamada occidental, el tiempo comenzó a encogerse en 1456, primera revelación del libro impreso, y en la oriental, al arribo al Japón del Comodoro Perry el 9 de julio de 1853. El ritmo lento de la vida medieval se patetiza en el hecho de que empleó mil años y diez mil volúmenes para decir que el hombre viene de Dios por omnipotencia divina, y regresa a él por su gracia, o sean, quince palabras en el estilo telegramático de nuestro siglo XX. Lo que no significa que el vivir contemporáneo supere en venturanza fundamental ninguna al de esos tardígrados abuelos, antes peor, en cuanto ellos morían saciados de existencia y nosotros morimos sedientos de destino e inconclusos siempre, siempre tristes y frustáneos. Paradoja sutil del demiurgo que somos: Cuando Píndaro, desarrollando una alusión homérica, define la vida como el sueño de una sombra "skias ónar", no supo ni saberlo podía entonces, que somos arquitectura de sueños, sin la cual ni el cosmos existe a nuestro alcance ni logra el corazón sosiego genuino.

Esta aceleración del tiempo hominal denuncia que la cultura contemporánea está senescente, y desde luego, que no garantiza el hacinamiento cabal de la persona, porque su premura y torrencial aportación de emociones, percepciones y noticias no permite que tales vivencias se elaboren en sentimientos, preceptos y noemas —por decirlo así, a usanza de filósofos— o sea, que resultamos inconsistentes e inconfiables, hombres sin órbita. Y no que yo pretenda que surjan a trochemoche ideas geniales, de esas que pudiéramos llamar regentes de cultura, pues bien conozco ser tan raras e inasibles que el soberbio siglo XVIII solamente engendró un cuarto de idea en su tesis de la personalidad con la respectiva cohorte de dignidad, libertad, democracia y sentimentalismo heroico; el XIX, quizás media, en su evolucionismo preñado de ciencias, comodidades y culto del progreso; el XX, otra media, en su concepto de la relatividad con su *daímoon* de angustias; pero al seguro me sé asimismo que si no acompasamos las tareas de la cultura y los sucesos del alma, alma y cultura perecerán irremisiblemente.

La susodicha aceleración del tiempo incide en el lenguaje por modo deletéreo a ocasiones e incongruente a menudo. De lo primero hallamos grave paradigma en la incesante minoración del verbo, que ya desusa el pospretérito, el futuro de subjuntivo y hasta el subjuntivo en general, con predominio rapaz del presente de indicativo, que en todo se entromete, a mayor duelo y pobreza del patrimonio conceptual del idioma; en la preferencia de los deverbales en *o*, *a* y *e*: *llamado* y *llamada*, *pago* y *paga*, *aporte* y *cruce*, a formas tan gallardas como las terminadas en *miendo*, signo del devenir, y en *ción*, marca de efecto cumplido, que no debieran confundirse; en el desalojamiento de las preposiciones por la *a*, con merma de elegancia y precisión de los regímenes; en el prurito de las siglas, que todo lo abarcan; en la adopción del seudo pospretérito o potencial de hipótesis implícita... todo por prurito de abreviación, que perturba la exactitud del discurso, o por economía de dinero, o por rehuir responsabilidades de otra índole. Entiendo, sin embargo, que en este asunto obran además determinantes de muy recóndita causación, pues vemos predominar la bre-

vedad en los extraversos y la prolongación fonética en los introversos de raza o frenosis, ingleses y norteamericanos, italianos y alemanes, castellanos y andaluces, atlantiquenses (entre nosotros) y pastusos, vamos al decir, pues se nota en aquellos tal recorte literal y prisa locuente que su habla se hace tónica, en tanto que en estos de Nariño, y aun de Boyacá y el Tolima grande, el ritmo es lento, las letras finales prolongadas y hasta cuantificadas al doble algunas: *verdadd*, en Pasto; ¡*Oopitaa!*, en el centro tolimense. ¿Geografía o raza? La segunda sobre todo, pues de suyo el mulato denota extraversión e introversión el mestizo. A más de esto, la desidia cultural ha inventado últimamente que la sencillez consiste en poquedad lexicológica, en solo el uso de los cinco mil o diez mil vocablos coloquiales, como si Cervantes no se hubiera aprovechado de veinte mil y Shakespeare de cuarenta mil, o el caudal del idioma no fuese de medio millón, tan genuinos e útiles como cualesquiera otros del común, con el aditamento insoslayable de que a mayor riqueza vocabular corresponde ideación más idónea y atinente. La gente ignora u olvida que para infortunio de la exactitud todos hablamos por aproximación, con verbos apenas sinónimos, adjetivos urracas que se roban el puesto de la significación legítima, y un conjunto tartamudeado de interjecciones inútiles. Los mismos lexicólogos pecan de cicatería al creer que la lengua se compone de términos aislados y no de familias de palabras, que en aceptando una, las otras son ineludibles, cual lo acostumbra el pueblo: Un día Freud impuso la aceptación de conflicto sentimental a la palabra *complejo*, y al siguiente el público comenzó a decir *acomplejar* y *acomplejado*, con pavura de los académicos y regosto de la inteligencia. Por algo en el orto o epifanía del lenguaje el adjetivo engendró al sustantivo y entrambos al verbo, de que resulta ser los tres indisolubles, así lo oculte o descuide el diccionario.

Y no solo de utilidad y buen entendimiento sirve este análisis, pero de encomio a la estética. Decir bellamente las cosas es dotarlas de un sobreprecio de estimación, o *good will*, según la jerga de los economistas, con que ellas triunfan fácilmente, y es regocijar el alma también, por aditamento. Exactitud, elación y gracia fueron, son y serán las virtudes teologales del estilo, y no de pobreza, no de imprecisión, ni de tosquedad se lograron nunca tales joyas del espíritu.

Así del tiempo. Mas no menores reconditeces entraña el espacio en sus vínculos con el lenguaje en particular y la cultura generalmente. Los hechos son casi de un sabor eleusino, de epoptas, por ende. Con todo, no juzgo prudente dilucidarlos en esta ocasión tan breve y premiosa. Enunciaré solo algunas esencias, porque ustedes, peritos, las compulsen adelante y les descubran valores inéditos aun o deleitosamente ricos.

En primer punto, el hecho de que todas las culturas superiores hayan sido boreales, la hindú inclusive, porque aria de Buda y de Valmiki o árabe de Asoka y Shah Jahan, del norte las hubo. Quizás se exceptúe la incaica, precelente en varios modos, y aun delantera o *pioneer* en algunos (que pionera no quiero decir), pero todavía no enlazada en génesis. ¿Es acaso que el hombre, como la oliva y la vid, requiere alternación estacional para frutecer a plenitud de sus potencias? ¿O que Cromañones y Protoarios hicieron de esa laya por su primigenia ubicación y hábito consiguiente?

En parte sí, mas no de sello ineluctable o sino adverso, conforme lo debemos entender y conducir valerosamente nosotros los equinocciales. Valerosa y oportunamente.

Siquiera se haya discutido con fervor y buenas razones el influjo del clima en las sociedades y la llamada geo-política de los tudescos, o mucho se haya lucubrado en redor del ser y el devenir de las culturas, —un sí es, no es dramáticamente— lo cierto es que todavía andamos confusos. De vero pudiera profesar yo, y lo digo pensando, que de su natural cada continente aporta un mensaje de cultura: Asia, sentimental y recóndita, produjo todas las grandes religiones del mundo, amén de mitos y apólogos: Europa, ponderada y razonante, engendró filosofía, ciencia y derecho; Africa, pasional, troqueló Agustines y Tertulianos, Atanasios y Orígenes, Plotinos y Cleopatras, iberos, cartagineses y númeridas, en fin, con Farao-nes antes, que prenunciaron a Dios y amaron lo eterno; América anglo-sajona es el territorio de la voluntad, con su pragmatismo, humanitarismo y tecnología ejemplares; y el Continente ibero-americano, en fin, es del dominio de la emoción, que despunta brillantemente y luego, luego se em-pezera o fatiga, que pudiera engendrar insigne cultura si sofrenase el ímpetu y lo dilatase en continuado esfuerzo. Si se impusiera un ritmo.

La conciencia de este presentimiento histórico me tiene aquí ante ustedes. Porque al mirarlos he visto que no son meramente arcontes del lenguaje sino también misioneros de más enhiesta cultura, que si saben atalayar el impertinente solecismo o el barbarismo superfluo, inquietudes mayores acucian su acendrado entendimiento y lo autorizan fecundo. La cultura oriental, con quietada esencia de alegoría y mito, derrumbosa y yace rota; la occidental, con estructura de espacio-tiempo, orgullosa ayer y dominante, hogaño muestra grietadas las columnas de su filosofía y arte, de su política y moral, y de muchos otros haberes imprescindibles. Dentro de su civilización de artefactos y su proliferación de noticias, se le extingue el espíritu; con su inflación de gentes, inventos y libros, asfixia su razón de ser su meta. Demasiada exégesis, demasiado análisis, falla de síntesis. Pormenor. Circunstancia. Estereocronismo. ¿A través de las lenguas capitanas de la historia, cuál es el común denominador significativo de los semantemas fundamentales de la cultura: verdad, bondad, libertad, belleza, fe, justicia, amor, psique, ente y fenómeno...? Los pueblos del hemisferio sur que van llegando a mayoría histórica, en Asia, Africa, América y Oceanía, por ejemplo, descubren modalidades sui géneris, sin duda, muy diferentes de sus progenitores septentrionales, pero no denuncian aún entraña cultural diversa.

Dentro de este panorama de la sociología filosófica, yo se, y asimismo ustedes, que va llegando la hora cenital de Iberoamérica, la hora cenital de poder ser ente de destino, de poder ser históricamente grande, y se también, tanto como ustedes, que Fortuna ni llama dos veces ni repite sus favores. En este convivio de la estirpe, en ruta con España, eternamente señora, y otros hermanos en el habla de Castilla, ya ilustres, importa sobre modo analizar nuestros dislates, ponderar nuestros recursos, esforzar nuestras virtudes y apartar nuestros peligros para la hazaña egregia de contribuir a la génesis del espíritu. Por ello, enseñar a nuestras gentes emotivas la continuidad y la mesura, la generosidad y el señorío,

el estudio y el trabajo. Un no sé qué o preuncio indefinible persuade que en esta hora de confusiones insolubles está incubándose otra cultura, no ya de ensimismamiento y alegorías, ni espacio temporal deleznable, sino de numen y número, en la arcana acepción de estas voces: preparemos con nuestra lealtad su misterioso engendramiento y seamos de ella dignos. Poca o mucha, en las manos de cada uno de nosotros —en las manos de cada uno de ustedes— está una parte del destino. Su parte.

Y ahora, señores delegados de la estirpe cultural de Iberia, queden adiós, y al regresar a sus hogares íntimos no olviden que hoy como ayer, pero hoy más que ayer, esta patria colombiana es también suya.

Agosto de 1960.

## LA CONCIENCIA DE LA UNIDAD IDIOMÁTICA

Escribe: BERNARDO J. CAYCEDO

Me es grato ofrecer este homenaje a las Delegaciones al Tercer Congreso de Academias de la Lengua, en nombre de la Colombiana, en este pintoresco rincón sabanero, situado en los antiguos dominios del Cacique de Suba. Y no porque me deje tentar por la apacible vista de estos campos, propicios a la égloga. Sino por el significado que ellos tienen en la expansión de la Lengua Española, a través de la previa inteligencia del habla nativa.

Españoles y Chibchas: Fue en este territorio donde, según la poesía un tanto coja de don Juan de Castellanos,

*...“Los más diestros  
de nuestros españoles procuraban  
entender los vocablos desta lengua,  
y la conversación cotidiana  
les dio del idioma mucha lumbre”.*

Tanta que, ya trabados el castellano y el chibcha, tendieron un puente de comprensión entre las dos desiguales culturas y abrieron al cacique las puertas del cristianismo, en cuya fe murió, a poco, ese primer bautizado de la raza vencida. Tal parece que, desde la oscuridad de su ingenua idolatría, hubiese estado esperando a que la voz castellana le iluminase el alma con la mirada de Dios.

Solo que del mutuo aprendizaje de esos días no subsiste desde hace mucho tiempo sino el idioma de los vencedores. El otro se usó al principio por los doctrineros, por los encomenderos, por los colonizadores, como instrumento provisional para cumplir la misión que cada cual traía. Si querían enterarse, convencer y sujetar tenían que penetrar en el secreto de aquella parla exótica, que escuchaban por primera vez. Y aquí, en este paisaje donde don Gonzalo Jiménez de Quesada y los suyos fueron recibidos

de paz, hallaron la cátedra ideal de la palabra que los llevase al corazón del pueblo nuevo. Palabra del indiecito manso, locución bárbara que pervive, cuando ya no vive en la realidad —en el texto de unas plegarias vertidas por sus catequistas, y en los preceptos de unas gramáticas a que luego la redujeron, por ejercicio y curiosidad, doctos filólogos.

Es todo lo que resta de ella. Ni siquiera numerosos vocablos chibchas se incorporaron al español. Y varios de los que muy castizamente han venido usando los autores, no figuran todavía en el Diccionario o aparecen barajados con los de tribus diferentes, bajo la anotación general de "americanismos". Para hablar de uno solo, Zipa, la voz que designa al soberano de aquel pueblo, no se ha registrado aun en el rico inventario de nuestra lengua. Y sin embargo, Zipa dijeron los cronistas que narraron la epopeya del descubrimiento. No jefe, ni soberano, ni monarca. Con igual derecho que sultán, o bajá, o rajá, Zipa es el verdadero nombre del reyecillo de aquella embrionaria nación. Y no podría alegarse que, como ella y él pasaron, bien está reservarle solo un sitio en el diccionario histórico. No basta, porque todavía hay que escribir sobre el Zipa y nos referimos a él con palabra viva que no podemos reemplazar. El nombre ha sobrevivido al hombre.

Pero esta no es una lección de filología o de lexicografía porque soy incapaz de darla. Ni un aldabazo, que sería inoportuno, para que se les abra a las preteridas palabras chibchas a mисcas la venerable portalada de nuestro idioma. Sino una simple mención o referencia para ver la triste suerte que corrió el lenguaje con que, obsequiosos y temerosos a la vez, saludaron a España en esta antesala de su llegada a Bogotá los andinos adoradores del sol y de la luna.

*Conquista y Lenguaje:* No ha ocurrido aquí en forma notoria un fenómeno lingüístico que es frecuente en las conquistas y en las reconquistas. El pueblo sojuzgado y absorbido puede perder su autonomía y ver morir melancólicamente su idioma. Pero se venga del invasor invadiéndole el suyo.

En su tiempo contendieron los autores sobre si los españoles debían aprender los idiomas y dialectos indígenas u obligar a los indios a que aprendieran el castellano. Y un mismo motivo, el religioso, sirvió de instrumento para oír y seguir sucesivamente el consejo de los unos y el de los otros. Hay un vigoroso cedulaario de mandatos reales y eclesiásticos que obliga a los curas y beneficiados familiarizarse plenamente con el idioma de los naturales, so pena de no poder servir el beneficio. No se hallaba otra forma de comunicarse en la extensión de las Indias con aquella Babel. No había ningún derecho correlativo a la pretensa obligación de que los naturales trocasen su lengua original por otra desconocida. Había que llegar ante todo a la comprensión del indio y no esperar a que este viniese a descifrar la ininteligible conversación extranjera.

Esta fue la primera etapa del recíproco entendimiento. Pero los colonizadores blancos, que ya no querían solamente entender sino hacerse entender, tropezaron con el muro de léxicos primitivos y deficientes para la expresión de su alta ideología. La pragmática vino entonces a resolver la dificultad, en el filo que separa los siglos XVI y XVII, cuando cédulas

reales expedidas en Toledo y Ventosillas, consagraron el cambio de sistema en la comunicación con los indios. "...Se ha entendido —decían— que en la mayor y más perfecta lengua de los indios no se pueden explicar bien ni con propiedad los misterios de la fe, sino con grandes absurdos e imperfecciones...".

Desde entonces podían considerarse muertos oficialmente los lenguajes oriundos de América. A la espontánea penetración del vocabulario popular que vino en los labios de lanceros y rodeleros se sobreponía ahora una decisión coercitiva. La evangelización fue así el más importante vehículo del idioma culto.

Y aunque viven todavía en la sobrehaz de las Américas restos de pueblos indígenas que conservan su lengua, su área geográfica se halla reducida por el influjo constrictor del castellano o por la frontera de las altas clases sociales y es de preverse su completa desaparición en un futuro más o menos remoto. Esos remanentes de tribus antiguas han preservado también su sangre de mezclas extrañas.

*Idioma y Mestizaje:* Aquí, en el reino del infortunado Tisquesuza, conquistadores y conquistados acabaron por hacer no ya buena amistad, sino perfecto maridaje, cuya prole es el mestizo. Pero como a la pasión española le resultase también insuficiente la lengua nativa, el mestizo es el fruto de un amor declarado en castellano.

Y así el amor divino y el amor humano fueron los pretextos con que el habla advenediza se impuso hasta eliminar el idioma vernáculo.

No quedan por acá poblaciones bilingües en que la contigüidad sea una amenaza para la pureza del castellano, a pesar de explicables localismos y vulgarismos. Y en cambio, en algunas regiones la gente autóctona de pueblos y veredas campesinos, descendientes de los abuelos que aprendieron el español de la conquista y de la colonia, conserva aun palabras, giros y expresiones arcaizantes, como si los hubiese sacado de la lectura del Marqués de Santillana, de las cartas de Santa Teresa y aun del mismo romancero.

No existe, pues, un peligro indienista para el esplendor de la lengua castellana.

El peligro le viene de idiomas vivos, que a su vez están padeciendo la amenaza de su propia deformación con palabras que nacen de improviso en talleres, laboratorios, fábricas, campos de deportes, y en otros medios no preocupados por la cultura del lenguaje. Aparte de la necesidad de bautizar presurosamente las cosas o los fenómenos resultantes del adelanto de las ciencias, de los progresos de la técnica y de las múltiples especializaciones de la febril actividad contemporánea.

Y la defensa contra esos riesgos no es siempre rechazar o cerrar la puerta.

Cuando se habla de preservar el idioma, la palabra defensa cobra un sentido tan especial que bien merece una breve divagación.

Porque la defensa presupone un ataque de entes o fuerzas extraños al que se defiende. Es la oposición a la conquista, la reacción contra el sojuzgamiento, el obstáculo a la invasión. Prototipo de actividad defensiva es la ciudad murada que se mantiene alerta contra el eventual sitiador. Pero ella no ataca, porque para hacerlo necesitaría salirse de sí, avanzar, perseguir al enemigo. Y ella, como también el castillo o la casa fuerte, son energías estáticas, que solo pueden desatarse contra el que se arrima para domeñarlas. La tensión del músculo que es ya zarpaso latente.

*La defensa del Español:* Ese concepto elemental de defensa adopta una manera peculiar cuando del lenguaje se trata. Al idioma ninguna fuerza exterior lo está atacando, salvo casos excepcionales en que un interés político acude a coacciones lamentables para limitarlo o extinguirlo con prevenciones de orden oficial.

Pero, por ejemplo, el galicismo antes, y ahora el anglicismo, que tanto terreno han ganado dentro del español, no han sido el resultado de un deliberado propósito de los franceses ni de los ingleses para extender al castellano y hacer preferir en él sus vocablos o sus modos de expresión. Los galicismos y anglicismos no los meten al español los franceses, ni los ingleses, sino los que hablamos español. De tal suerte que entonces de quien tenemos que defenderlo no es de enemigos foráneos sino de nosotros mismos. De nosotros que somos algo así como "los bárbaros que están dentro de Roma", o lo que en la jerga bélica de nuestro tiempo "quinta columna".

Que las causas de esa preferencia sean la atracción de las formas expresivas de otro idioma bello, la necesidad de poner nombres a las cosas nuevas, o la simple cursilería de la moda, no cambia por eso el esquema elemental del hecho.

Si nosotros no ayudamos, las palabras extranjerizantes se detendrán en el primer reducto o entrarán solamente readaptadas a la índole y al genio de nuestra lengua.

Porque no se trata de practicar una política de puerta cerrada ni de estancamiento. Ni las dicciones individualmente consideradas, ni los idiomas en conjunto existen por generación espontánea. Algo parecido a lo que ocurre en la naturaleza con la destrucción de organismos que dan origen a nuevos seres, el español, que en su masa general salió de la barbarización del latín y derivó palabras del griego, del hebreo, del árabe, ahora puede derivarlas de lenguas vivas sin perder por eso su independencia.

La futura época de la Academia Colombiana, que ahora se inicia, no es la casa que estrenamos. Es el esfuerzo común con las otras Academias, para reajustar el léxico, sin bastardear de su pureza, a las exigencias del tiempo nuevo. Que dejen de ser los signos exteriores de la vejez simbólicos de academicismo. Y que las cabezas de escritores jóvenes acepten la responsabilidad de proseguir una obra que es simultáneamente de conservación y de evolución, con la materia viva de la palabra.

*Unidad Idiomática y Amistad Política:* Hay una relación de hechos históricos que no he visto comentada ni acaso advertida. Después de la



ruptura con la madre España, tras la porfiada lucha por la emancipación, pasaron varias décadas de silencio resentido. Los únicos tratados que habían celebrado las dos naciones no eran de paz y amistad: uno de simple armisticio, otro de regularización de la guerra. Es decir, ambos con miras a seguir matándonos civilizadamente.

Después de medio siglo en que no prosperaron ademanes e intentonas de arreglo, un día se presentó en la Corte de Madrid, sin credenciales de nadie, un escritor colombiano, —Vergara y Vergara— a proponer relaciones simplemente literarias con la Real Academia Española. La acogida fue cordial. Así nació la Academia Colombiana, con el carácter correspondiente de la que crearon Felipe V y el Marqués de Villena. Solo diez años después se firmó el tratado de amistad y reconciliación entre España y Colombia y se pactó “olvido total de lo pasado y paz sólida e inviolable”.

Es decir, que la reanudación de estos felices vínculos, que ya nadie podrá romper, no comenzó en los fríos salones diplomáticos, sino en la cálida alianza con el idioma común. No creo hacer mejor evocación, al saludar con un vino de las uvas riojanas a los egregios representantes de todo el orbe hispano.

El Tercer Congreso de Academias de la Lengua es una invitación a frustrar la desencantada visión de don Rufino José Cuervo, que temía la dispersión y fragmentación de la lengua de Castilla. Para consolar su memoria estamos realizando lo que el ilustre filólogo llamó “la conciencia de la unidad”.

Julio 1960.